

## SECCION BIBLIOGRAFICA

### NOTAS Y REPLICAS

49 SEMANA SOCIAL DE FRANCIA. STRASBOURG,  
17-22 DE JULIO DE 1962

El temario de las lecciones que comprendían el ciclo «universitario» del Congreso anual de las Semanas Sociales de Francia giraba en torno al motivo de «la Europa de las personas y de los pueblos». Ahora bien: su contrapunto ideológico ha estado también presente en múltiples alusiones y referencias a que se contraponían continuamente las afirmaciones de los cristianos sociales: la «Europa de los nacionalismos y de los Gobiernos».

Se advierte en la actitud mental y en las decisiones de los cristianos sociales una disposición positiva, y no meramente crítica. Ello se ha manifestado en múltiples formas. Una de las más significativas ha sido la positiva asistencia que movimientos políticos de signo católico han prestado al Congreso. La presencia de grupos de las secciones de jóvenes M. R. P. de varios departamentos se hizo notar a lo largo de la Semana, sobre todo en actos que tuvieron lugar al margen, pero aprovechando motivos ideológicos de la misma. Por ejemplo, en la cena que tuvo lugar el día 19, en el gran restaurante del Palacio de los Festivales, con asistencia del Secretario general, señor Simonnet, y donde tuvieron lugar los discursos de rigor, con alusiones no siempre cariñosas a algunos Gobiernos. También en el acto celebrado en Wacken, en el salón principal de la Exposición, abarrotado de militantes M. R. P., que entonaban canciones y mantenían un caldeado ambiente esperando que los oradores ocupasen la tribuna, en el que hablaron un conjunto de hombres políticos europeístas, los cuales, como reconocía humorísticamente el alcalde de Strasbourg, señor Plimlim, no comprendían un ramillete ideológico tan amplio como hubiese sido el gusto de los organizadores de la Semana. En este acto, que tuvo lugar el día 21, intervinieron los oradores siguientes: Rémy Montagne, diputado M. R. P. en la Asamblea Nacional francesa, que hizo una declaración explicando las razones de su adscripción a los ideales europeístas; el ex Ministro Claudius Petit, muy popular actualmente por razón de encabezar un numeroso grupo de

diputados que está realizando una fuerte campaña acerca de la abolición de la pena de muerte, y que habló sobre el modo en que entiende que se habría de constituir una Europa conforme a su vocación cristiana; el también diputado, perteneciente asimismo al llamado Parlamento Europeo, Bertrand Motte, el cual habló de su fe en el porvenir de Europa, una vez que tenía la experiencia de la seguridad y del buen estilo con que todas las dificultades se iban superando, una detrás de otra, en el poco tiempo que lleva en funcionamiento el embrión institucional en que se van encarnando las iniciativas de integración europea; el ex Ministro y presidente del Consejo de Ministros señor René Pleven, que hizo un alarde de ciencia y de espíritu políticos desde su experiencia de hombre clave en la política francesa posterior a la guerra. Por último, un discurso del alcalde de Strasbourg, que permitió describir, a quienes no lo sabíamos aún, el gran carácter político que tiene este último presidente del Consejo de la IV y el porvenir brillante que le espera, sin duda, en la V... o en la VI República.

Mas pasemos a resumir algunas de las principales intervenciones.

El presidente de las Semanas Sociales de Francia, señor Barrère, estudió el planteamiento general del temario y del espíritu que se decantaba en su tratamiento: la comunidad europea es una realidad que se halla al final de un proceso que se está produciendo actualmente en Europa. Los aspectos de la construcción europea son variados: político, económico, cultural, militar. El aspecto personal y social de la comunidad europea es precisamente el que ocupa la atención de los cristianos sociales. Estos tienen derecho a hacerlo, dado que Europa es un asunto que afecta a todos los europeos, y no un coto cerrado de los Gobiernos o de algunos países. Debe ser un campo de edificación de conciencias y de participación de esfuerzos. Las personas y los pueblos están dentro del proceso destinado a crear y animar la vida comunitaria de Europa.

En adelante, la construcción europea pertenece al dominio de los hechos, pero está aún muy en el principio de su edificación. El hecho europeo es todavía muy parcial. Aún no se ha producido un nivel de vida comunitaria europea. Si dimensión está disminuida por la presencia de sólo unos cuantos países y por la carencia de la profundidad que tendría de ser también obra de las personas y de los pueblos, y no solamente de algunos Gobiernos y partidos: pues no hay comunidad sin participación intencionada de todos los miembros en dicha comunidad.

Por otra parte, en Europa se producen resistencias al proceso comunitario: supervivencias del pasado, desigualdades de situaciones y de condiciones económicas, sociales y políticas, y diversidades de caracteres y psicologías de base nacional. Mas tales dificultades tienen que ser superadas por la

potencialidad del «hombre europeo», creador permanente de valores y riquezas espirituales, creador de civilizaciones, enamorado de la libertad, de la paz y del desarrollo de muchas posibilidades humanas inexploradas aún.

La comunidad de las personas y de los pueblos exige, además de una simple adhesión, una participación activa. Para que esta actitud tenga lugar se dan varias razones:

Participación en una dinámica del progreso. Pues la opción en favor de Europa procede de la convicción de que ésta constituye un movimiento hacia el progreso: político, económico, social y humano.

Reconocimiento del derecho, dentro de ciertos límites históricos y de una superación gradual de inconvenientes y dificultades, de construir la Europa donde los pueblos estén armonizados sin estar uniformados. Las conexiones de cada país con la comunidad de la Europa de las personas y de los pueblos deben establecerse bajo el juego del principio de la organización, pero no de la uniformidad. Sin embargo, tal organización no pertenece aún a los Gobiernos ni a los regímenes políticos, los cuales serán superados todos en bloque precisamente en esta fase de transición e imaginación de las estructuras nuevas, sino a la libre participación y voluntad expresada por la vocación de las personas y por las necesidades de los pueblos. Pues una comunidad nunca puede ser entendida como conjunto organizado «en la cumbre».

Claro es que para que este proceso sea posible se requieren —dice Barrère— dos condiciones previas: que sea posible participar, desde el nivel de cada persona, en la imaginación de la Europa futura y participar en las decisiones concretas de integración. Es más: no sería posible una oposición interior o exterior a la presencia de un país en los Organismos europeos si la voluntad democrática, personal, representativa y debidamente cuantificada hombre a hombre de los individuos de ese país se hubiese pronunciado claramente en favor de su pertenencia a tales Organismos europeos.

La participación de las personas y de los pueblos en la vida comunitaria europea no se refiere a una Europa cualquiera, ni es posible sin un mínimo de medios. La Europa-mercado, la Europa-ejército, la Europa-comité político, son formas embrionarias e insatisfactorias, aunque primordiales. Hay que apreciar las obligaciones de Europa frente a las personas, frente a las familias espirituales, frente a los grupos nacionales, tanto mayoritarios como minoritarios; frente a las otras naciones, sobre todo, frente a las sometidas hasta años muy recientes a una colonización económica...

Los puntos en que se pueden aplicar las iniciativas personales son varios: las uniones y agrupaciones de juventud, el mundo del trabajo organizado y de los Sindicatos, el mundo agrario, el mundo de los negocios.

Precisamente son los desarrollos procedentes de estos campos, sobre todo

del campo de los negocios capitalistas, los que hacen más necesaria la institucionalización rápida de los restantes factores de la comunidad europea. Como afirma Jean Boissonat en su lección, en realidad los problemas del Continente europeo aparecen muy claramente bajo la presión de dos factores que tienen que ser regulados necesariamente. Uno afecta primordialmente al sector de la actividad económica privada, y consiste en la presencia de los capitalistas que buscan establecer nuevos monopolios en el nivel supranacional, apoyados egoístamente por sus respectivos Estados, mientras que el otro afecta directamente al sector público, y se refiere al porvenir mismo de los Estados de base nacional.

Al organizarse a escala plurinacional, el capitalismo se escapa más fácilmente de los controles políticos, y se aprovecha del aparente retraso con que se organiza la colaboración supranacional de los movimientos obreros. Por tanto, para que Europa no sea una presa del capitalismo monopolista, es necesario prever la intervención de un poder soberano y democrático a escala plurinacional. Mas como ello no implica la desaparición de los Estados nacionales, resultará por algún tiempo una dialéctica disociadora de ambos niveles políticos, que aparece como condición fundamental de que la experiencia europea se prosiga a largo plazo, a cuyo término las competencias nacionales habrán descendido a un nivel donde el estatismo no pueda nunca ampararse de la arbitrariedad y del buen parecer de sus dirigentes concretos. Si se quiere seguir creando, hay que dar un margen al futuro y conceder base a las que ahora parecen utopías.

La verdad es que el requisito elemental para que haya Europa es que haya europeos.

Y los hombres de Europa, ¿saben que lo son?, ¿aceptan serlo?, ¿quieren serlo?

Estas son las preguntas que se hacía, para comenzar su lección, Philippe Farine.

La opinión europeísta viene creciendo desde diversos niveles, que se sustituyen parcialmente al irse adaptando al desarrollo de las diversas posibilidades concretas de construir Europa. Hay el período romántico del mito europeo, de origen cristiano-tradicional y apenas definido entre lejanas reminiscencias y cercanas resistencias a aceptar los hechos de la Europa real que se construye mirando hacia adelante. Hay el período militante, que desarrolla diversos «proyectos», de los cuales, unos, cuajan, y otros, fracasan, y deben adaptarse a condiciones realistas. Luego, el período realista, en el que se asiste al funcionamiento de determinadas instituciones, que imponen ya constitucionalmente el hecho europeo ante propios y extraños. Ahora bien: los problemas se plantean —y sólo se pueden resolver— en este nivel.

Todos los *a priori*, ideologías y conveniencias han de tener en cuenta los procesos de institucionalización, y sólo mediante ellos, y no al revés, pueden adquirir vigencia.

Por tanto, las motivaciones y las actitudes europeístas vienen modificadas ya por los resultados conseguidos hasta ahora en la construcción europea. La toma de conciencia comunitaria y su apertura sin exclusivismos a grupos, ideologías, regímenes e intereses practicables, va definiendo *a posteriori* los elementos negativos y positivos de la conciencia europea que se instalará en el futuro. El desarrollo de tal conciencia europea requiere determinadas condiciones, que serán facilitadas por las instituciones en funcionamiento. Y todo este proceso será dirigido por la actitud de la opinión pública, elaborada en un alto nivel de instrucción de las masas y de responsabilidad democrática de los Poderes públicos, que será, consiguientemente, elemento determinante de la construcción de una Europa comunitaria.

J. Folliet, aparentemente superficial como buen periodista, realmente profundo y esencial como estupendo poeta, ha hecho, por su parte, un recuento de los valores europeos que condicionan y de algún modo definen la unidad de Europa. Lo peculiar de Europa es su capacidad de inventar y de no dejarse determinar por cargas ancestrales, por respetables que sean. De tal modo, aparece no como un hecho bruto, sino como producto de una conciencia, de una reflexión y de una voluntad, en un eterno retorno a las fuentes de su valor y de su fecundidad histórica.

Europa es un conjunto de diversidades, de encuadramientos y de piezas ensambladas entre sí. Por ello, su vocación es integración y condicionamiento de la fertilidad de cada una de sus partes en un nivel más espacioso cada vez, en un suelo más rico y en una atmósfera más libre y respirable.

Desde esta actitud esencial de la vieja Europa se enfrentan hoy en día los hombres europeos con problemas inaplazables —que expone el padre Weydert, autor también de un estudio estadístico, que se puso a disposición de los congresistas.

Las influencias que militan actualmente en favor de la unidad europea, son variadas y poderosas: el deseo de la paz, poniendo fin a las divisiones que traían tan grandes catástrofes; las necesidades de la reconstrucción, reforzadas por la actitud de los Estados Unidos al estimular la organización europea de la ayuda aportada por aquel país; en una perspectiva de mayor amplitud, la voluntad de reaccionar contra la aparente decadencia del Viejo Continente; una vez inaugurado el período de «guerra fría», el deseo de asegurar mejor la estabilidad europea; más recientemente, el proyecto de

crear una economía de grandes dimensiones, más racional y más próspera que las economías nacionales aisladas.

Aparece, pues, que la idea de Europa responde a una exigencia razonable de seguridad interior y exterior, de prosperidad y bienestar y de poder político en el nivel de las decisiones a escala mundial.

Ahora bien: para que tales objetivos se actualicen dentro del sentido del bien común es preciso que sean tomados por medios capaces de engendrar una verdadera comunidad y que se observen las condiciones de libre, pero también eficiente participación de las personas y de los pueblos en la imaginación y en la institucionalización de esta Europa.

Para que la comunidad europea adquiera estructuras de conciencia propia se suponen preferencias mutuas intercambiadas entre los países que a los propósitos más diversos, desde el arte hasta los artículos de consumo, cierta progresiva armonización —sin llegar a coincidencia absoluta— de criterios morales, de valoraciones culturales y de las razones de vivir: una solidaridad activa refleja en la gustosa participación en las responsabilidades y en las cargas comunes o que deben ser asumidas colectivamente ante la inferioridad de situación de alguno de sus componentes.

Mas nunca se debe olvidar, para un pensamiento cristiano, que Europa es un escalón más hacia la vida comunitaria a escala mundial. La verdadera comunidad humana es la comunidad de todos los hombres. En este sentido, Europa representa una firme superación de conciencias más estrechas, pero por ello mismo no debe crear su propio «nacionalismo», el cual, bajo los subterfugios de singularidad, de independencia, de soberanía, de supremos intereses, de tradiciones inviolables, etc., de cada país, es lastimoso manto bajo el cual se abrigan totalitarismos y egoísmos, cuyo origen, a veces, ni siquiera es político, sino cierto conservadurismo social o el monopolio capitalista.

Por ello, tanto más importante será evitar la estrechez de una Europa egoísta, cuanto que su poder redoblaría las tragedias que el nacionalismo europeo ha traído a nuestro Continente, y también por haberlos tomado los países europeos como campo de expansión para imponer su hegemonía en el plano europeo en los restantes pueblos del mundo, pues las guerras de independencia y las revoluciones actuales atestiguan un buen aprendizaje de esta lección de nacionalismo que los europeos les hemos explicado.

Europa tendrá, por tanto, que hacer frente a diversas tentaciones: la del repliegue sobre sí misma, la de la ambición de poder exterior, la de «paternalismo» hacia los países en vías de desarrollo. Para evitarlas, Europa deberá asumir sus deberes positivos: intermediación entre los bloques eco-

nómicos mundiales, servicio respecto a los países más necesitados, integrar en sí estructuras amplias del mundo exterior, por la vía de favorecer a terceros países que así lo deseen. Todo ello adaptando sus propias estructuras en previsión de ir creando también una comunidad mundial. A este desarrollo puede reducirse la lección de Jean Rivero.

Otro profesor, André Piettre, ha estudiado subsiguientemente la misión de Europa en el plano mundial. Europa, frente al mundo subdesarrollado, tiene que repensar su propia civilización para hacerla más válida y menos dañosa para los demás. Frente al mundo marxista, tiene que repensar la libertad, para hacerla más material y más real, profunda y generalizada. Frente a la tecnocracia americana, tiene que repensar la ciencia. Para poder alcanzar tales objetivos, Europa debe actualizar lo más posible sus propios valores, adaptándolos a nuestro tiempo y asumiendo las aportaciones de las otras civilizaciones para fecundar la propia: Europa no debe ser nunca coto, sino encuentro de los más altos valores de la Humanidad.

Las comunidades de vida europea que ya funcionan están proyectadas eficazmente hacia el servicio de las personas —afirma Georges Desmottes, a su vez—. Los textos jurídicos que fundan las comunidades europeas existentes, tienden todos al progreso social. Las legislaciones que van apareciendo y las instituciones que van aplicando tales leyes van beneficiando a crecientes grupos de individuos y de familias.

Para poner una progresiva abundancia al servicio de una elevada concepción de la persona humana, los juristas han de jugar un papel cada vez más importante, sean legisladores, administradores, abogados, jueces o consejeros, para superar los particularismos nacidos de la Historia y de la geografía, tanto en el plano económico como en el social y el moral.

Otras lecciones han desarrollado aspectos indudablemente esenciales del tema, pero cuya síntesis sería imposible de efectuar en el espacio que se nos ha asignado. Sin embargo, no podríamos pasar por alto su enunciado ni la calidad de los respectivos conferenciantes: «La Europa de los consumidores, en relación con el nivel de vida y con el género de vida europeos», de Georges Rotter; «Deberes de las personas y de los pueblos frente a Europa», del padre Chevallier; señorita Aline Coutrot, que habló acerca de «Europa como oportunidad de la juventud»; «Espíritu de Empresa y hogares de progreso», a cargo de André Lebreton; «La Europa del trabajo», por Théo Braun; «La Europa de los agricultores», por Albert Genin; «La participación de las personas mediante los cuerpos intermedios», de Gilbert Blardone; «El acondicionamiento del espacio europeo», que fué el tema desarrollado por Pierre Bauchet; «Vieja Europa y naciones jóvenes», a cargo de Jean Baboulene, y,

por fin, Maurice Byé, que trató de «Responsabilidades políticas del ciudadano de Europa».

Dentro también del marco de la Semana tuvieron lugar, como ya es costumbre, otros actos de estudio bajo el método de los «carrefours». De su importancia puede dar concretamente idea el hecho de que fueron llevados, cada uno, por varios de los mismos profesores que intervinieron como conferenciantes en las lecciones. Además, había un grupo de participantes cualificados y debidamente preparados para cumplir su función de «animadores» de los temas y de acopio de documentación, reclutados entre técnicos, profesores, administrativos, diputados, religiosos, estudiantes de Ciencias políticas, juristas, altos cargos administrativos franceses y de los países francófonos, economistas, hombres de negocios, cuadros sindicales, religiosos, etcétera. Los temas concretos eran los siguientes: I, «Europa y el acondicionamiento económico de todas sus regiones». II, «Europa y los países jóvenes: función de las personas y de los grupos». III, «Los animadores de la conciencia europea: militantes, dirigentes, funcionarios». IV, «Intercambios culturales, vacaciones, actividades educativas». V, «Enseñanza y formación profesional a escala europea». VI, «Los problemas migratorios y los servicios de recepción de inmigrantes». VII, «Medios de información europea y de formación de la opinión pública», y VIII, «Las familias espirituales y Europa».

Tal vez el más original entre los «carrefours» fué el último, donde destacó de un modo personalísimo la presencia del P. Ives Congar. Algunas de las ideas que expuso, autorizadísimas por ser consultor de una Comisión conciliar, se refirieron a la preparación del actual Concilio Vaticano II, cuya proximidad estuvo orientando continuamente el tratamiento de un tema tan trascendental. Pero sólo voy a exponer aquí dos de las interesantes cosas que el P. Congar dijo. Una es que la actual Comisión preparatoria del Concilio, que funciona en la Secretaría del Cardenal Bea, seguirá funcionando posteriormente con carácter permanente, y adoptará la forma de un nuevo departamento vaticano, cuya función será estudiar las condiciones que dentro de la Iglesia católica favorezcan la unidad de los cristianos, con vistas a tomar las medidas oportunas para incrementar las actitudes que conducirían a la unión y para disminuir las contrarias. Otra, que los cristianos de todo el mundo, e incluso los cristianos que miran con simpatía el establecimiento de amplias comunidades espirituales de rango más universal cada vez, han depositado ilusiones «exageradas», por los impacientes, en la celebración del próximo Concilio. Pero que será necesario que muchas de tales esperanzas de los cristianos y de la Humanidad no sean defraudadas.

Un aspecto donde se aprecia la necesidad que existe aún de incrementar



los estudios europeos y la formación social de las conciencias en este nivel continental es el que se ha podido observar en la actitud de los representantes de algunos países europeos.

Por ejemplo, en la noche del día 19 se celebró una velada en el salón de actos del Palacio de los Festivales, donde fueron invitados un representante de cada país europeo para emitir sus opiniones acerca de lo que Europa debe ser, acerca de la conciencia que respecto a tal problema existe en su país y por qué procedimientos entiende cada país llegar a integrarse en el nivel europeo. En esta presencia de los copartícipes europeos se habló con una franqueza y con una claridad envidiables. Pero a veces se pusieron de manifiesto resentimientos de unos países hacia otros, como es el caso del representante belga, un señor de alguna edad, cuyo nombre no recuerdo, que dió rienda suelta a sus quejas contra la actitud paternalista de Alemania y Francia frente a los otros países del grupo de los Seis, a pesar de que el claro precedente y el ejemplo de la posibilidad práctica de una integración europea, aparte el caso suizo, tan singular, ocurría con el Benelux, tan anterior y tan sugestivo en soluciones y recursos cuando se discutieron las modalidades jurídicas de la estructura de la Pequeña Europa. Al lado de estos pequeños incidentes —el representante italiano también tuvo algo que decir—, hubo momentos dramáticos. El representante alemán, el Dr. Johannes Wissborn, profesor de Doctrina social cristiana en un Centro universitario de Colonia, después de reconocer el inmenso beneficio que el plano europeo había conseguido para Alemania en orden a conseguir su rehabilitación, tras la generosidad con que desde los otros países se le ofreció incondicionalmente un puesto a parte entera en todos los Organismos que se proyectaba crear, expresó el gran dolor de los alemanes por la presencia, al otro lado de unas fronteras que separan arbitrariamente media Europa de la otra mitad, de otros europeos que están llamados también a encontrarse con los demás. La Europa que se proyecta tiene que tener siempre una puerta abierta para una integración futura con los países que de momento no pueden ni siquiera discutir una eventual integración con los que ahora llevan adelante la responsabilidad de una Europa edificada a base de libertad y de libre participación.

En cuanto al representante español, que no tenía otra autoridad que la personal y el haber sido expresamente invitado a ello por el vicepresidente de la Semana, señor Folliet, y que fué el propio autor de esta noticia, podría resumirse su pequeño discurso del modo siguiente:

Europa es una realidad que, al estar cuajando ahora mismo, no ha sido todavía comprendida, ni completamente, ni simultáneamente, ni por todos los españoles.

En la actual experiencia que ahora se tiene de Europa en España podemos distinguir los distintos puntos en que tal experiencia se concreta.

Para los hombres de ciencia —el que hablaba es profesor y tenía que empezar por su experiencia más cercana—, Europa significa el plano intelectual que contrasta si los conocimientos científicos alcanzan un nivel de validez general, que es el buscado precisamente por su investigación.

Para los intelectuales y artistas, Europa es el plano donde, si uno es conocido, se acredita como triunfador, y donde el olvido significa la falta de representatividad de una tendencia o de un nombre en el mundo de las ideas y de las artes.

Para los católicos españoles, Europa no adquiere ni una ínfima parte de su categoría real. Están llenos de prejuicios respecto a ella. No advierten que en el terreno teológico, en los estudios canónicos y bíblicos, en los libros de religiosidad, en la liturgia, en la formación personal y social del clero, etcétera, se hallan muy lejos de alcanzar su nivel. Por el contrario, por entender tal vez la moralidad con un rigor más estricto —pero no por cumplirla—, suelen manifestar cierto desprecio hacia los modos de ser católico en los restantes países europeos, vistos aún como la patria del Voltaire y del Feuerbach descritos por los sermonarios del siglo pasado.

Para los obreros, Europa, recientemente descubierta, aparece como una tierra de promisión, donde el trabajo es exigente, pero cuya remuneración hace posible, a costa de sacrificios humanos muy grandes, garantizar a las familias ausentes un nivel de vida más favorable.

Para los hombres de negocios, Europa es la amenaza para un vivir tranquilo conseguido a costa de un malthusianismo y de una economía de horizontes estrechos, y tal vez el único medio para que se promueva un cambio de mentalidad en los empresarios y financieros de nuestro país.

En cuanto a los agricultores, éstos advierten la oportunidad de ampliar sus posibilidades de exportación tradicionales, abriendo las de frutas, conservas, zumos, hortalizas, etc, en condiciones muy ventajosas.

Para los políticos españoles, la Europa actual es una realidad que ha nacido verdaderamente sin ellos, pero dentro de cuya estructura es necesario acomodarse. Estiman, posiblemente, que la mayor parte de los problemas graves que ahora tiene España planteados no podrán resolverse con oportunidad, costo y condiciones prácticas aceptables más que dentro del plano de una colaboración europea, donde cada país aporte a las necesidades de los demás los medios que cada uno posea.

Mas con la misma franqueza con que actualmente en España, desde la

base de los españoles hasta las más altas representaciones políticas, todos se reconocen vocados a pertenecer a Europa de un modo más integrado cada vez, es preciso decir que los españoles sólo pueden pertenecer a una clase de Europa: la que demuestre, como prueba de su verdad, que no presentan discriminaciones *a priori* respecto a ningún pueblo histórica y geográficamente europeo.

A. SÁNCHEZ DE LA TORRE

... the ... of ...  
... the ... of ...  
... the ... of ...  
... the ... of ...  
... the ... of ...

... the ... of ...  
... the ... of ...  
... the ... of ...  
... the ... of ...  
... the ... of ...

... the ... of ...  
... the ... of ...  
... the ... of ...  
... the ... of ...  
... the ... of ...

... the ... of ...  
... the ... of ...  
... the ... of ...  
... the ... of ...  
... the ... of ...

... the ... of ...  
... the ... of ...  
... the ... of ...  
... the ... of ...  
... the ... of ...